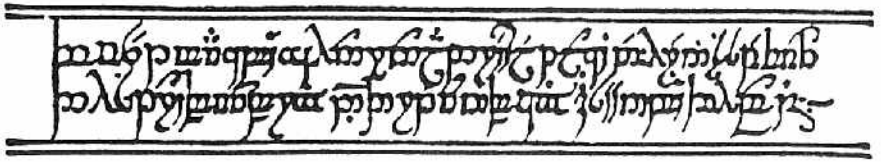
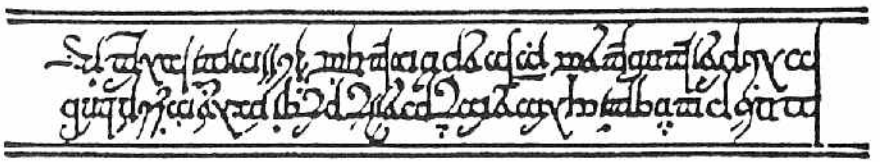
Ciudad de los Césares Nº 25 Julio/Agosto 92. p. 22 - 27.





7888

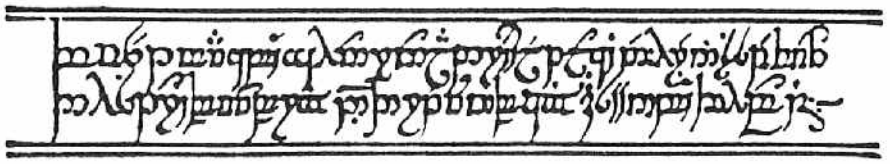
TRADICION HESPERICA Y REALIZACION LIRICA

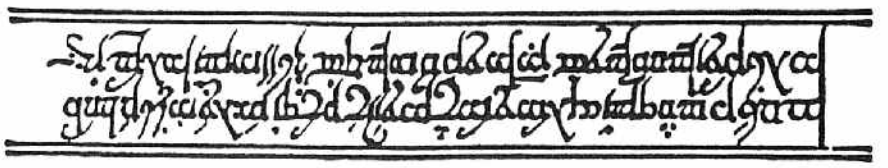
A propósito de la obra de John Ronald Reuel Tolkien (1892 - 1973)

1

Después de publicados los artículos del Nº15 de **Ciudad de los Césares** sobre la narrativa y personalidad de T., tomé por fin contacto con la obra del singular artista inglés. La relectura de dichos artículos me dejó entonces con una cierta insatisfacción.

Pues Gondinet concibe lo fantástico casi como una evasión gnóstica de la realidad, lo que le permite apelar a G. Bruno o Evola para encuadrar una obra que entiendo va por otros caminos. De allí incluso que signe al universo tolkiano como maniqueo y caracterice la del hobbit como una existencia a dejar atrás. También como una rémora parece concebirla Ontiveros cuando subraya la distancia entre esa existencia y la aventura; su interesante reflexión sobre el habla y los personajes de T. yerra además al sostener que los elfos son los creadores del lenguaje. Como lo revelan los primeros párrafos del **Ainulindale**, o **Canto de los Sagrados** (**Silmarillion**, lib. 1), el lenguaje cantado estaba en la existencia divina antes que fuesen el mundo o sus creaturas élficas o humanas. Y en eso el artista inglés parece coincidir en alguna medida con el mito helénico de las Musas, tan bella y hondamente explicado por W. Otto, y sobre todo con lo que señala San Juan en el prólogo de su Evangelio sublime. El lenguaje sería en suma para él una dimensión inescindible de la vida divina, que preside el desarrollo del acontecer temporal y de algún modo lo contiene, y los elfos creaturas que recogen y despliegan esa dimensión de modo especialmente articulado, decisorio e incluso imprevisible: nada menos, pero también nada más.





Con los citados artículos como trasfondo estimulante, vayamos pues no obstante sin mediaciones a la obra misma del noble escritor inglés, para ver de echar en ella una sonda que nos permita calibrar aspectos complementarios o corregir lo que convenga, y que sirva sobre todo a la reanudación del acto de pensar, que es lo que urge.

2

Para eso parto de una afirmación capital: el valor fundante de la poesía. Y ello en dos niveles concurrentes: dentro del universo que T. narra, y como instancia vertebradora de su propia palabra narrativa.

Pues en el interior de ese universo aparece el lenguaje-canto ante todo en la dimensión absoluta, pre-histórica y pre-cósmica, que recién aludimos. Y desde ella pasa además al acontecer histórico (tal como lo presentan p. ej. **El Hobbit** y sobre todo **El Señor de los Anillos**), para determinar el rumbo de cada personaje decisivo, estimularlo a reasumir sagradas raíces ancestrales o a anticipar aquí y ahora lo que será la existencia del personaje en cuestión o de su estirpe en el estado definitivo del mundo; la poesía sorprende, penetra e impulsa a cada uno por encima de sus falencias, como a los hobbits protagonistas de la acción, a la realización de la gesta heróica donde lenguaje poético y existencia encuentran el mejor ámbito para su interpretación mutua. Pero más allá de este papel dentro del universo tolkiano, la poesía cimenta la propia palabra del artista: quiero decir que no incide en el relato sólo como una instancia doctrinaria a la que el autor o sus personajes de pronto recurran. No, constituye una fuerza viviente, generativa, que decide la articulación íntima de cada capítulo, del entero relato, sin ella enexplicable.

Si nuestro interés fuera discriminar doctrinariamente qué valor da nuestro autor a la poesía, deberíamos partir del ya aludido pasaje del Canto de los Sagrados. Pero aquí no interesa tanto lo que piensa el inglés sobre ella, como verla operando al resolver y dar significado a escenas decisivas de su relato, que tomaremos en particular del libro I del **S. de los A.**, como modelo de lo que pensamos vigente en su totalidad.

3

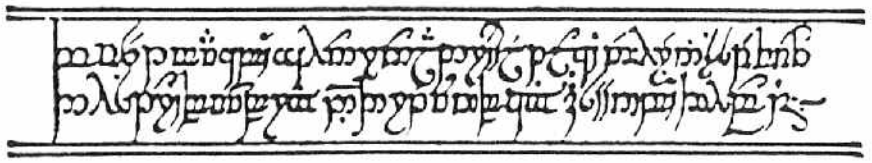
El cap. 3 p. ej., **Tres es Compañía**, narra la partida de los hobbits íntimamente unidos, Frodo, Sam y Pippin, anticipados por Merry, el cuarto, con quien volverán pronto a unirse. No del todo conscientes aún, ni cada uno en la misma medida, van en realidad a destruir el supremo Anillo del poder maligno, portado por Frodo, arrojándolo al volcán donde fuera perversamente forjado, en medio del reino de Mordor, principal concentración del terrorífico poder del Enemigo en esa edad del mundo, la tercera según T., a punto ya de terminar.

Terribles advertencias, encuentros y presagios ominosos los urgen a salir en un otoño conmovedor y melancólico, con la insondable nostalgia de quien abandona la tierra natal, a la que no sabe si volverá. Pero los lleva también el deseo de acercarse a la bella existencia de los elfos y sus incomparables cantos, de la que algunos de los hobbits sólo oyeron a través de sus viejos poemas; los apremia el ansia de reencontrar a Bilbo, el viejo hobbit antes aventurero y después poeta, que vive ahora entre los elfos justamente y que compusiera otrora una canción que, imprevistamente incluso para él, aparece de pronto en boca de Frodo, guía indiscutido de esta compañía pequeña:

Siempre el Camino sigue y sigue
rodando, de la puerta en que ha empezado.
Hoy fue el Camino lejos por delante
y mi deber es ir detrás, si puedo,
con pies cansados, persiguiéndolo
hasta que se una a alguna mayor vía
donde muchas y errantes sendas halle.
¿Y adónde entonces? No lo sé decir.

El poema desentraña, como se advierte, la disponibilidad de estos seres menores al Camino y la Aventura: los purifica de posibles remanentes erosivos de su justificada nostalgia; los exhorta al riesgo, sólo después del cual aguarda la Victoria; abre en fin el sendero, que ellos leal y dolorosamente siguen, a una Vía vasta, integrativa, que puede en sí misma albergar todas las posibles direcciones fructíferas. En otras palabras, la ruta específica de esta gente pequeña, su propia y entrañable hermandad, decide con este canto no sólo abrir su Compañía a otros seres imprevisibles y nobles, sino también templarla, recorriendo los terrenos erosionados por la repugnante variedad de las estirpes, a la vez oprimidas y opresoras, que al reino de la sombra pertenecen.

Pero aunque la canción subraye, sobre todo, riesgo e incertidumbre, la poderosa imagen del camino que desemboca en esa vasta ruta poblada de sendas y direcciones imprevistas evoca, en su trasfondo, el Canto de los Sagrados tal como fue en el principio. Entonces Ilúvatar, el Dios paterno originario, propuso a los Ainur, dioses brotados de su pensar, diversos temas musicales. Cada dios, cada Sagrado, cantó empero ante todo en soledad, o en unión sólo de algunos de los otros, pues cada uno entendía de la mente de Ilúvatar sólo la parte que específicamente le



concernía. Fueron después empero acrecentado lentamente su comprensión de la hermandad común, hasta que por virtud de su oído, atento a lo profundo, comenzó desde todos a crecer la articulación de un son armonioso y unísono, grato al Padre. "Desde entonces, sigue el texto, jamás los Ainur han hecho música como esta música, aunque dicho está que una mayor aún será hecha ante Ilúvatar por los coros de los Ainur y los hijos de Ilúvatar (los elfos y los hombres) después del fin de los días. Entonces los temas de Ilúvatar serán diestramente ejecutados y adquirirán Ser en el momento de su proferición, pues entonces todos entenderán cabalmente en sus partes específicas la intención de El, y cada uno conocerá la comprensión de todos los demás, e Ilúvatar dará a los pensamientos de ellos el fuego secreto, por estar complacido" (**Silm**, lib. 1). Congruente con esta música suprema sería pues esa Vía mayor donde desemboca el Camino propio de los hobbits, aunque ellos, como todas las estirpes, antes de integrarse en la dirección unisónica y definitiva tengan que recorrer también múltiples sendas errabundas a través del dolor, la estridencia y la sombra.

La incertidumbre subrayada por su canto no anula sin embargo el temperamento entre ingenuo y casi alegremente irresponsable que caracteriza a los hobbits; no puede abolir su apego hogareño a una buena pipa, una mesa capaz de satisfacer su voracidad,

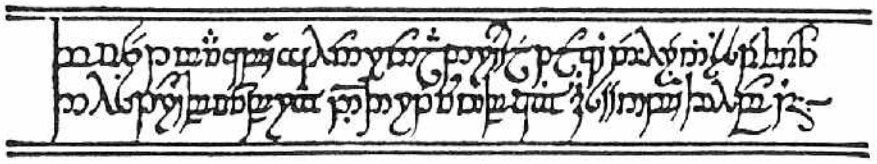
un vino estimulante, un bello jardín; no obsta a su inclinación a la broma, a la comodidad de una casita, cueva o cama confortable, a las viejas canciones o las conversaciones curiosas de las andanzas de parientes y vecinos. Son como los héroes de los cuentos tradicionales, en apariencia por debajo de las circunstancias, pero insospechadamente capaces de afrontar hasta el fin el camino de la hazaña.

Por eso puede nuestro capítulo seguirlos después que dejaron ya atrás los peligros que con su grávida opresión los acecharan durante el día, tras haberse confortado frugalmente en el interior de un árbol semiderruido, cuando los va cubriendo el crespúsculo y asoman, trascendiendo los árboles, estrellas cada vez más tupidas y espléndidas. Comienzan a marchar en orden y acompasadamente, el desasosiego se les disipa por completo, canturrean y, al entonar un nuevo poema de Bilbo Baggins, se afianzan, ahora los tres, en su específica instalación dentro de la existencia.

Sobre el hogar el fuego es rojo
y bajo el techo hay una cama;
mas nuestros pies aún no están cansados
y tras la esquina puede haber
un árbol súbito, una piedra erguida
que nadie vio, sino nosotros solos.
Arbol y flor y fronda y grama,
¡deja que pasen, y que pasen!
Colina y agua bajo el cielo,
¡de largo pásalos y pásalos!

Quizá aún aguarde tras la esquina
un nuevo rumbo, una secreta puerta,
y aunque hoy de largo los pasemos
quizá mañana aquí volvamos
a tomar los senderos escondidos
que hacia la Luna corren o hacia el Sol.
Manzana, espina, nuez, endrina,
¡déjalos ir, déjalos ir!
Arena, estanque, piedra, valle,
¡que os vaya bien! ¡Adiós, adiós!
Detrás la casa, al frente el mundo:
muchas sendas a hollar entre las sombras
rumbo al fin de la noche, hasta que todas
las estrellas esplendan.
Luego (el mundo detrás la casa al frente),
querremos ir a casa y a la cama.
Niebla y penumbra, nube y sombra,
¡se esfumarán, se esfumarán!
Fuego y antorcha, carne y pan,
¡y después a la cama, y a la cama!

Los hobbits reasumen pues aquí las raíces de su propio ser, y lo hacen, es significativo, inmediatamente antes de su primer encuentro con los elfos. Con ellos van de ir anudando, como luego también con los hombres y enanos auténticos, una convivencia anticipatoria de la que T. presume en el estado defini-



tivo del mundo. Mas ni ahora ni entonces deben estos pequeños seres perder la especificidad que su canción afianza.

Este afianzamiento, ya lo dijimos, no es clauso sin embargo, sino abierto al camino y la aventura integrativos. Cantan por eso los hobbits el árbol o la piedra inesperados, el sendero nuevo, la puerta secreta que hay que franquear para que los pies se cansen y la vida personal adense a través de un dolor de melodioso destino: pero ése su andar será entre sombras, hasta que la noche termine y las estrellas todas (o las estirpes congruentes, añadimos) se eleven a su máximo esplendor. Los sesgos erosivos de tiempo y mundo "¡se esfumarán, se esfumarán!" entonces, y el hobbit retornará a su sencilla incardinación cotidiana: a una luz, un fuego, una casa, un descanso abrigado y sin fin.

Hay pues, qué duda cabe, una tension entre la comodidad que cobija inicialmente a estos seres pequeños, y la Aventura que los abre. Ella no se resuelve empero gnósticamente: hombres y hobbits partimos de una concreta radicación corpórea, sensible, telúrica, la cual no debe ser abandonada no obstante en un itinerario sin retorno. Nada nos exige aquí por ej. que borremos los límites de nuestra incardinación en la forma corporal a través de una exasperación sexual orgiástica que se deba mantener insatisfecha, en una experiencia enervante donde los reclamos de nuestra corporeidad queden de lado, para que la existencia logre así trasladarse más allá de lo físico, paroxísticamente aniquilado. Nada nos pide que asumamos ritualmente una violencia que con el despliegue de heroicas hazañas que proponga no el logro de una concretísima victoria donde reposar, sino la liberación constante de una energía metafísica, y por eso sin límite, conformidad histórica ni descanso. Todo esto integra por cierto una constelación gnóstica que en alguna medida afecta a la profundidad conceptual e iniciática de un Evola. Pero en T. nada tiene que hacer: el inglés y sus hobbits le oponen un itinerario que culmina, según indica la canción de Bilbo, en una nueva radicación, más honda ciertamente que la inicial, más consciente de la totalidad histórico-cósmica y de sus metafísicos sostenes, pero radicación al fin en las formas dichosas de este mundo articulado, en el irrenunciable, alegre e ingenuo disfrute de hobbit a propósito de la vida cotidiana. Este es el aporte específico de los pequeños a la guerra total contra el poder sombrío.

5

Pues con su ilusión sustitutiva, irremediablemente clausa y desintegradora, atenta el poder de la sombra también contra la feliz convivencia de lo simple, la dicha de una mesa compartida, la radicación de una broma ingenuamente venturosa, como un cuentro de Chaucer, un personaje o escena de Dickens, una paradoja chestertoniana. En suma, que el poder maléfico y disonante, al levantarse contra todo lo noble, apunta también contra esa merry old England de nítidos trasfondos medievales, que T. ama e inserta en la Tierra Media de su ficción a través de estos hobbits insólitos que con tan insospechable energía combaten contra el poder escidente y corruptor, aparentemente dueño de todo cada vez que una Edad termina.

Esto nos obliga a una segunda afirmación capital: la poesía de T. y el universo que en ella se funda son íntegramente recorridos además por una fuerte tensión escatológica.

Pues obvia es su recurrencia a la **arkhé**, al sacro trasfondo ancestral que El Silm. explora, pero que refluye también sobre el presente, el **kairós**, el acontecer irrepetible enfrentado por Frodo y los suyos. Ese acontecer la guerra, narrada en el S. de los A., desemboca no obstante, como anticipamos, en un **eskhaton**, en el fin de una Edad cósmico-histórica, la Tercera según el cómputo tolkiano, y por allí en el repliegue de elfos, hobbits y enanos para que comience la Cuarta Edad, a cargo de los hombres. Estos dentro de su propio ciclo y existencia tendrán que resumir seguramente las virtudes de las estirpes replegadas, y con ellas enfrentar por fin el reino, más sombrío aún, que connota el **eskhaton** de su Edad específica, y de las Edades todas, ése que en lenguaje ahora no tolkiano, pero sí probadamente tradicional, se denomina **Reino del Anti-Cristo**.

Sin embargo el acontecer inserto en la novelística de T. es escatológico también en un sentido más profundo, ya en realización aquí y ahora, pero trascendente de todos modcs a esta guerra contra una malignidad en un momento dado abrumadora, y sin embargo en definitiva episódica, fugaz y por eso inepta para cimentar ningún maniqueísmo. Pues por encima de ella existe el lenguaje poético, asumido sobre todo por la bella, musical, etérea consistencia de los elfos; la regencia política reasuntiva y salutífera, responsabilidad de los hombres; la pericia artesanal asistida por una tenacidad indoblegable, propia de los enanos; la cordial instalación de hobbit en la alegría cotidiana. Todo, también esto último, es escatológico: ha comenzado ya, pero acrecentado por el dolor de camino y aventura, su destino es afianzarse y perdurar impredeciblemente en la música unísona de dioses e hijos de Dios, luego del fin de los días, más allá de las guerras terribles, pero acrecentadoras. Allí como brasa que no se consume arderá pues sin duda la alegre y vieja Inglaterra, asumida por T. en el símbolo del hobbit.

Y no es T. sin embargo el único que ha meditado expresamente esta perduración escatológica de una patria, la suya, a menudo mediadora eficaz, por experiencia lo sabemos, de energías espúreas, pero que debe recelar tambien en su fondo, por alegre y antigua, raíces que ni a los ingleses del British Israël les es fácil extirpar. Pues Chesterton extrae del divino Dickens, en el último párrafo de su célebre biografía, esta bella lección, congruente con la que surge de los seres pequeños y el artista que los creó. Dice ese párrafo así:

"Al menos una parte de la lección de Dickens es que la camaradería y la sana alegría no son intermedios en nuestras jornadas; que más bien nuestras jornadas son intermedios en la camaradería y la alegría, las cuales, a través de Dios, han de durar por siempre. La posada no lleva al camino; es el camino el que conduce a la posada. Y todos los caminos llevan a una última posada, donde hemos de encontrarnos con Dickens y todos sus personajes, en la taberna del fin del mundo".

Demás está decir que en esa taberna hay también lugar para los hobbits y para su poeta. Y que ésta es la alegría escatológica que ellos, en medio de la guerra inevitable, sin embargo realizan, profundizan y cantan.

Terminada la canción de los hobbits repite Pippin su verso final, modificándolo según sus aspiraciones del momento, "And **now** to bed! And **now** to bed!", exaltadamente dispuesto al parecer a poner en práctica de inmediato lo que la sugerencia del poema destiende para un futuro algo más lejano.

runas de Daeron

BIBLIOTECA NACIONAL
SECC. SELECCION ADQUISICION Y CONTROL
DEPOSITO LEGAL

Vuelve sin embargo el poder oprimente y sombrío a acosarlos de nuevo desde muy cerca, en la presencia de uno de sus siervos funestos, fugaz esta vez, pues enseguida comienza a oírse un oportuno son, como de risa y canto que se entremezlcan y ponen en rápido escape al enemigo. Son elfos que se acercan elevando su clara voz ancestral.

¡Oh Banca-Nieve!, ¡oh Dama clara!, ¡oh Reina
de más allá del Mar del Occidente!,
¡Luz para los que aquí peregrinamos
el mundo de los árboles tejidos!

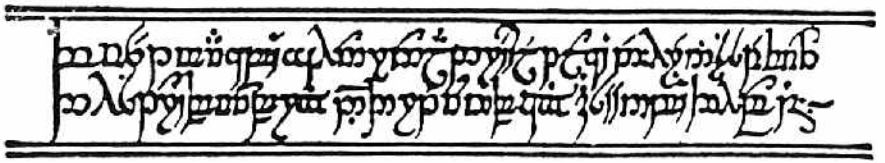
¡Guilthoniel!, ¡oh Elbereth!, ¡son claros
los ojos tuyos y tu aliento espléndido!
"¡Blanca-Nieve!", cantamos, "¡Blanca-Nieve!"
a ti en lejana tierra tras el Mar.

¡Oh estrella que con mano luminosa
ella el Año-sin -Sol dejó sembradas,
en terrenos ventosos, hoy brillantes y claros,
vimos vuestros argénteos capullos florecidos!

¡Oh Elbereth!, ¡Guilthoniel!, seguimos
rememorando, los que en esta tierra
lejos bajo los árboles vivimos,
a tu luz estelar sobre el Mar de Occidente!

La canción celebra pues la Luz, nítida en las estrellas cuya aparición incidiera y consoladora y alegremente sobre el ánimo de los hobbits, pero ahora añorada y convocada también en el divino origen de su poder fulgurante, ese que en el Valaquenta (**Silm.**, lib. 2) recibe la personificación femenina y el nombre de Varda, quien inhabita la más alta de las cumbres del Reino Bendito, irradiante de nieves eternas. Por eso su primer nombre aquí, Blancanieves, resume, claro está, resonancias de los cuentos llegados hasta nosotros desde edades sapientes y remotas, pero también sugerencias simbólicas de la geografía tolkiana.

No es empero el nombre de Varda el que la convoca: tal la denominación de la diosa en la lengua élfica hablada en la vecindad del Reino Bendito. Son Elbereth y Guilthoniel en cambio nombres que salen de la historia de los elfos y su lengua en la Tierra Media, separada de aquel Reino por el Mar; dolorosa historia de un señorío espléndido del que en el momento del relato sólo subsisten restos a punto ya de desaparecer; historia en fin de maravillas, pero también de funestos orgullos y derrotas, acompañados por la lengua élfica, en paulatino alejamiento asimismo de su sonancia originaria. La canción no invoca entonces la Potestad irradiante tal como es desde antes de la existencia del mundo o en la intimidad del Reino beatífico, sino según su acción dispensadora respecto de los hijos de Dios. Porque antes de la existencia de Sol y Luna, en el Año pues o la Edad sin



sol, no quisieron los Sacros desde su Reino iluminado que en aquella lejana Tierra Media, totalmente abandonada al poder de la Sombra, ingresaran los elfos al mundo por ella rodeados y abrumados. Realizó entonces Varda estrella nuevas y más esplendorosas, reuniéndolas en constelaciones, entre ellas Orión que con su cinto irradiante anuncia la última Victoria sobre la Tiniebla, hacia el fin de todos los días y edades (**O. Silm.**, cap. 3). Este es el sesgo cobijante de la Luz que los elfos ahora recuerdan, con su lengua de la Tierra Media avasallada de nuevo por el poder oscuro. Eso lo que la cotidiana lumbre los hobbits necesita para que su misión sea realizable.

Reparemos no obstante en un detalle. La fuente de la Tradición no es aquí polar, no es hyperbórea; tierras y añoranzas no van hacia el Norte, sino a Occidente. Porque allí estuvo la sede del Reino Bendito sobre la tierra, hasta que frente al asalto de los atlantídeos fue elevado, intacto, hacia la región de las cosas olvidadas. Por la fisura geológica consecuente se hundió la Atlántida y resultó un brusco estrechamiento del planeta. Pero la nostalgia no varió su dirección hacia el Oeste, siempre suscitante de incontables navegaciones que, al seguir la corva superficie de la tierra estrechada, no pueden nunca hallar lo que sobre ella ya no está, reservando para muy pocos, sólo para los capaces de navegar por el Camino Recto (Silm. lib. 4).

Claro que esta sorprendente geografía simbólica podría darnos motivo a los americanos para una digresión reflexiva sobre nuestro destino. Pero por ahora contentémonos con subrayar la añoranza de los elfos, que va con certeza indoblegable hacia Occidente, fieles a él en tanto crecen las sombras destructivas, para religarse con una Tradición que podríamos denominar **Hespérica**, y en algunos de cuyos contenidos esenciales, más allá del motivo de su localización, convendría indagar.

(Continúa en el próximo número)

ARNALDO C. ROSSI

febrero de 1992